

## 1. LUGAR DE AUTOR

---

# No imagino La Habana sin el Malecón...

ABILIO ESTÉVEZ

No imagino La Habana sin el Malecón. Mucho me cuesta, por ejemplo, situarme en la mirada de Bárbara, el personaje de *Jardín*, la extraña novela de Dulce María Lyonaz: soy capaz de imaginar la casa, de conocer sus fantásticos silencios y sus soledades, sólo que, cuando salgo al jardín, algo me impide ver la ancha franja de rompientes, los farallones que conducen al mar. No sé tampoco cómo pudo ser la relación del hotel Trotcha con la playa, allá por los primeros años del siglo XX, cuando se hospedaron allí Rubén Darío, Sara Bernhardt, Mazzantini el torero. El Malecón ha estado en la ciudad más tiempo que yo, de modo que posee una mejor y más auténtica carta de naturaleza. Es inconcebible La Habana sin el Malecón. En *La Habana Elegante*, la inestimable revista virtual de Francisco Morán, se reproduce un artículo de hace alrededor de sesenta años, en que un exaltado Alejo Carpentier declaraba que el Malecón habanero era “comparable únicamente con los de Niza y Río de Janeiro...”. Jorge Mañach, con su retórica novecentista, entre la gracia y el acartonamiento, entre la ironía y la pompa, manifestaba que el muro “es un tribuno de la plebe, un pícaro sabidor, un camarada de melancolías silenciosas ante el crepúsculo, un testigo de muchas farsas y tragedias urbanas...”. Al Malecón, lo recuerdo, íbamos en noches calurosas, de plagas de mosquitos y excesivo bochorno, cuando los portales sólo servían para exasperar abanicos, abanicos infructuosos. Algún atardecer de domingo que las mujeres le dejaban libre, mi tío Roberto (Roberto el Bello) pasaba a recogernos en su viejo Chrysler Airflow

de 1934 (o sea, una reliquia)<sup>1</sup>. Se solía llenar una pequeña cuba con trozos de hielo y botellas de cerveza Cristal, algunos vasos de cartón (residuos de algún cumpleaños), y se recogía en un recipiente los chicharrones, algún tamal y unos trozos de pan que habían sobrado del almuerzo. Allá nos íbamos. Al Malecón. Siempre al mismo sitio, frente al soberbio hotel Nacional y el monumento al Maine. La familia se acomodaba en el muro. Conversaban. En el Malecón se conversaba más que en los parques y en los portales de las casas. No importaba sobre qué, sobre cualquier cosa. Mi familia, por ejemplo, hacía chistes, planes y apuestas sobre el futuro; se discutía de pelota; se recordaban los tiempos de gloria de la Casita Vieja, como llamaban a aquel chalet desvencijado del callejón de los Perros, junto a la zanja, en el que habían sido tan pobres y tan felices; alguien lamentaba la próxima partida hacia Miami de Uma, la prima de Artemisa, para que otro insistiera sobre la conveniencia de partir todos hacia Estados Unidos, nuestra versión de la Tierra Prometida, porque teníamos un amigo ganadero que había hecho fortuna en Carson City, creo, y allí los adultos tendrían trabajo seguro; también se volvía sobre los antiguos proyectos, los sueños de casas por edificar en fincas de Bauta, donde no se cultivarían más que flores y árboles frutales. También, hay que reconocerlo, se deleitaban con el silencio, con ese ver pasar a los otros, engalanados de domingo, el aire de pachorra festiva, el paso que no va a ninguna parte, la ausencia de premura que en ningún otro espacio de la ciudad resaltaba tanto. Corría un fresco que tampoco corría en ningún otro sitio. Brisa exclusiva del Malecón. Y si no corría el viento como pensábamos, al menos lo creíamos y era suficiente. El mar y el muro. Tenían eso, provocaban, entre muchas ilusiones, la ilusión de que desaparecía la canícula. Por mi parte, yo calculaba sólo dos modos posibles de sentarme allí, de acuerdo con la sensación que prefiriera experimentar. O lo hacía de frente al trasiego de la ciudad, hacia el hotel y el Someillán iluminados, o lo hacía dando cara al mar. No era el mar, ya se sabe, sino el inmenso abismo, la oscuridad que parecía no tener límites y que, por supuesto, provocaba terror. La percusión de las olas contra los rompientes, no sé por qué, se agrandaba de noche. Un sonido áspero, como de trueno. El parpadeo de la torre fanal del Castillo del Morro descubría y ocultaba

---

<sup>1</sup> Aunque ya no pertenece a mi tío, el Airflow del 34 aún recorre las calles de La Habana. Acaba de cumplir setenta años. A pesar de que el modelo Airflow fue un fracaso total de la Chrysler.

un agitar de espumas. Luego, hacia el centro de aquella hondura, se distinguían luces lejanas y dudosas, que también agrandaban el miedo (el miedo de siempre). Yo no preguntaba la razón de las lucecitas. Me hubieran dado la explicación perfecta: los quinqués, muchacho, los quinqués en los botes de los pescadores. Y yo, la verdad, deseaba ignorarlo, aun cuando me asustara la realidad que mi imaginación superponía sobre la realidad. En aquellos años, como en éstos, como siempre, prefería las respuestas de la imaginación, por horribles que fueran, que toda la precaria verdad, las dudosas razones de la lógica. Al final, la realidad siempre es peor.

Fragmento de *Inventario secreto de La Habana* (2004),  
Barcelona: Tusquets Editores.